

Reflexiones de Semana Santa

A

Esta edición reproduce un folleto con el mismo título, publicado en 1987 por el Servicio de Impresiones y Publicaciones del Obispado de Cajamarca (Perú).

Centro de Estudios y Publicaciones (CEP)
Lampa 808, of. 601, Apartado 6118
Lima - Perú

Mayo 1987

REFLEXIONES DE SEMANA SANTA

José Dammert Bellido
Obispo de Cajamarca

cep

Es una alegría para el Centro de Estudios y Publicaciones editar esta pequeña recopilación de reflexiones de Mons. José Dammert Bellido, quien celebra en 1987 veinticinco años al servicio de la Iglesia de Cajamarca.

Dedicada en su mayoría a las celebraciones de Semana Santa, esta selección incluye una homilía predicada en la Fiesta de Corpus Christi de 1974, un artículo de periódico contra la pena de muerte (1982), una reflexión hecha durante un largo internamiento en un hospital de Alemania en 1984, y finalmente, una Oración que recoge la súplica a Dios de los hombres y mujeres de los Andes.

Esta recopilación, publicada por primera vez en Cajamarca en forma muy sencilla, es una pequeña muestra de la entrega profunda de un obispo a su diócesis. Entrega hecha desde el primer momento con una clara opción por los más pobres y desposeídos, los campesinos de la región. Mons. Dammert ha sabido dar, a lo largo de estos 25 años en Cajamarca y sus 29 años de obispo, el testimonio de pastor vigilante y atento a las necesidades, aspiraciones, alegrías y sufrimientos de su pueblo. Incansablemente ha denunciado con energía las injusticias que encontró y encuentra en la realidad cajamarquina y nacional, porque contradicen la voluntad de Dios. Su labor pastoral tiene, a la vez, la sencillez de su cotidiana presencia en el obispado, en la ciudad, en el campo donde está sin demasiados protocolos, cercano y disponible para quien lo busca, como "uno más" entre sus hermanos.

Encontraremos en esta selección textos muy breves. Sin embargo ello no los exime de un tratamiento profundo de los temas que tocan, con sustento teológico riguroso y siempre situados históricamente.

El CEP quiere con este pequeño aporte unirse a la celebración gozosa de estos 25 años de Mons. Dammert en Cajamarca.

Lima, mayo de 1987

C.E.P.

PRESENTACION

En búsqueda de aportar alguna re
flexión a la próxima Semana Santa los
amigos de las ediciones del Obispado me
empujan a publicar algunos textos pro
nunciados anteriormente en el ministerio
pastoral.

Pertenecen a diversos años, tal vez
hay circunstancias que me sugirieron
ideas que fueron expuestas en esas ocasio
nes, pero considero que en el fondo las
reflexiones conservan una validez para in
uitar a la meditación acerca de nuestras
creencias cristianas y de problemas que
subsisten, con mayor o menor intensidad.

La publicación pretende únicamente
ser un servicio a quienes tratan de llegar
a practicar el amor a Dios y al prójimo.

Cajamarca, Solemnidad de la Encarnación
del Hijo de Dios de 1987.

José Dammert Bellido
Obispo de Cajamarca

INDICE

Presentación	7
Cristo crucificado en 1970	11
Proceso de Jesús	20
El derrumbe de las ilusiones, sin embargo..	26
El silencio de Jesús	31
Conversión personal	35
Caridad y justicia	39
Murió por los pecados de los hombres	44
La pequeñez humana	51
Uno más	54
No matarás	57
Reflexión el Viernes Santo	59
Oración	64

CRISTO CRUCIFICADO EN 1970

Al leer durante la presente Semana Santa el relato de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y compararlo con lo que sucede en nuestro medio, se saca la impresión que Cristo sigue crucificado en 1970 como lo estuvo en el Calvario: al contemplar las injusticias que se cometen y la impotencia para resolverlas, se repite la exclamación de Jesús durante la agonía en el huerto de los olivos "mi alma está triste hasta el punto de morir" (Mateo 26,38).

Los pasajes evangélicos van teniendo aplicación uno tras otro. "Judas, uno de los doce, iba el primero, y se acercó a Jesús para besarle. Jesús le dijo: "Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre" (Lucas 22, 47-8). Tal vez dentro de poco también nos acerquemos a besar al Crucificado y "cuántas veces lo hemos traicionado en nuestros hermanos, condenando a inocentes por desidia, negligencia o treinta monedas". No podemos, entonces, acercarnos a besar la Cruz, si antes no hemos resuelto revisar nuestros actos y ordenar la libertad de los inocentes.

Otras veces como "Los Sumos Sacerdotes y el Sanedrín entero andaban buscando

un falso testimonio contra Jesús, con ánimo de darle muerte, pero no lo encontraron, a pesar de que se presentaron muchos falsos testigos" (Mateo 26, 59-60). En cuántas oportunidades aceptamos como cierto lo que sólo es producto de la mala fe, que se inventó en un corrillo o en una cantina, calumnia o maledicencia que daña la fama de una persona; buena fama que, como la virginidad, una vez perdida no se recupera.

Con facilidad se llega a la irrisión: es suficiente ver lo que acontece en las calles con el enajenado mental o con alguien que está en desgracia: "entonces se pusieron a escupirle en la cara y abofetearle; y otros a golpearle, diciendo: "Adivínanos, Cristo ¿quién es el que te ha pegado?" (Mateo 26, 67-8).

Y ¿cuál es el comportamiento de los leales? pues "ni siquiera sus parientes creían en él" (Juan 7,5) "y muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con El" (Juan 6,66), para que finalmente "abandonándole huyeron todos" (Marcos 14,50). Esto se repite a diario cuando uno cae en desgracia: ireflexionemos cuántas veces lo hemos hecho en nuestra vida! El mismo Pedro que afirma con jactancia: "aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré" (Mateo 26,33), al llegar el momento difícil en que surge el temor: "entonces él se puso a echar imprecaciones y a jurar: "Yo no conozco a ese hombre" (Mateo 26,74s). Dios quiere que también como Pedro, conozcamos el

arrepentimiento, "y saliendo fuera rompió a llorar amargamente" (Mateo 26,75).

En el cumplimiento de las disposiciones legales, por ejemplo, o como "Pilatos, viendo que nada adelantaba; sino que más bien se promovía tumulto, tomó agua y se lavó las manos" (Mateo 27,24), o con muestras de refinada hipocresía como "los sacerdotes recogieron las treinta monedas y dijeron: "No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque son precio de sangre" (Mateo 27,6), a pesar que ellos se las habían asignado a Judas al decirles éste: "Qué me queréis dar y yo os lo entregaré" (Mateo 26,15) para luego al día siguiente: "dar una buena suma de dinero a los soldados" advirtiéndoles: Tenéis que decir: sus discípulos vinieron de noche y le robaron mientras nosotros dormíamos" (Mateo 28, 12-13). Recordemos que tan canalla y tal vez más, y malvado es quien soborna, como el sobornado, pues a veces éste es una infeliz persona agobiada por cargas familiares y deudas.

En este cuadro dramático aparecen algunas luces, como las mujeres "que se dolían y lamentaban por El. Jesús volviéndose a ellas dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis más por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos" (Lucas 23, 27-8). En estos días cuántas lamentaciones se escuchan de esposas traicionadas por sus maridos, de madres desesperadas porque los hijos de sus entrañas están en caminos de perdición, de muchachas burladas por la cínica y cruel cobar

día de los hombres. Ellas, las mujeres que su fren silenciosas y calladamente, como "las que le habían seguido desde Galilea estaban a dis tancia" (Lucas 23,49), y "junto a la cruz de Jesús estaba su madre" (Juan 19,25). Es fre cuente encontrar a lo largo de nuestros cam inos al hombre que duerme su borrachera, y al lado la mujer fiel "que conserva cuidadosamente -como María- todas las cosas en su corazón" (Lucas 2,51). También interviene la mujer de Pilatos" no te metas con ese justo, porque hoy he sufrido mucho en sueños por su causa" (Mateo 27,19); así se desprecia la Palabra sincera y llena de cordura de la mujer que advierte al hombre de no hacer una trapacería.

Así mismo se repiten las influencias, las presiones, las tarjetas, los convites, las amenazas, las compadrerías; "y si la cosa lle ga a oídos del procurador, nosotros le con venceremos y os evitaremos complicaciones" (Mateo 28,14) aseguran los sumos sacerdotes a los guardianes del sepulcro. Uno vislumbra la bonaria sonrisa y el aire de suficiencia de dichos notables, que con apretones de manos también hoy se repiten.

Los mismos personajes lograron persuadir a la gente que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús (Mateo 27,20). La habilidad es grande para persuadir al pue blo sencillo y engañarlo, como ofrecerle ayuda para que trabaje en una obra determinada, por ejemplo una irrigación o una carretera, y los más favorecidos serán los "vivos"

que, so color de ayudar al campesino se benefician ellos.

A la pregunta "¿a quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, el llamado Cristo?", Pilatos sabía que le habían entregado por envidia" (Mateo 27, 17-8). La envidia es factor importante en las acciones y continuamente se descubre bajo las más santas apariencias.

Para mantener el poder no se vacila frente a ningún medio: "Los sumos sacerdotes y los ancianos resolvieron apoderarse de Jesús con engaño y darle muerte" (Mateo 26, 3-5), y se actúa con perfidia "decían, sin embargo: durante la fiesta no, para que no haya alboroto en el pueblo" (Mateo 26,5), o se habla de las necesidades de la patria: "si le dejamos que siga así, todos creerán en él; vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación" (Juan 11, 48-50). Mas aún se disponen a suprimir cualquier obstáculo: "decidieron dar muerte también a Lázaro, porque a causa de él muchos judíos se les iban y creían en Jesús" (Juan 12,10).

A esto se suma el despecho al contemplar la entrada de Jesús en Jerusalén: "¿véis? no adelantáis nada; todo el mundo se ha ido tras él" (Juan 12,19).

La envidia, el despecho, la pretendida justificación, la actuación pérfida se desenvuelven ante nuestros ojos en innumerables

casos, que cada uno conoce muy bien. No falta nada, ni las vacilaciones ni el miedo: "sin embargo, aun entre los magistrados, muchos creyeron en él; pero, por los fariseos, no lo confesaban, para no ser excluidos de la sinagoga, porque preferían la gloria de los hombres a la gloria de Dios" (Juan 12, 42-3); ni las tergiversaciones judiciales -en las que son tan hábiles los tinterillos: "les dice Nicodemo: "¿Acaso nuestra ley condena a un hombre sin haberle antes oído y sin saber lo que hace?". Ellos le respondieron: ¿También tú eres de Galilea? Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta" (Juan 7, 50-1), ni los comentarios de la gente: "Unos decían: "Es bueno". Otros decían: "No, engaña al pueblo". Pero nadie hablaba de El abiertamente por miedo a los judíos" (Juan 7, 12-3). Tampoco faltan las amenazas ante la autoridad superior: "Si sueltas a ese no eres amigo del César" (Juan 19,12), ni las gestiones: "estaban ante Herodes los Sumos Sacerdotes y los fariseos y los Escribas acusándole con insistencia" (Lucas 23,10); ni las burlas y sarcasmos de los mediocres: "pero Herodes, con su guardia, después de despreciarle y burlarse de El, le vistió un espléndido manto y lo remitió a Pilatos" (Lucas 23,11); ni las convivencias interesadas "aquel día Herodes y Pilatos se hicieron amigos pues antes estaban enemistados" (Lucas 23,13).

Al paso el Evangelista Juan advierte que Judas "no decía esto porque le preocuparan los pobres, sino porque era ladrón y como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en

ella" (Juan 12,6). ¿Qué decir en nuestro tiempo cuando muchos ven antes sus propios intereses que los de la comunidad?; en que fácilmente se utilizan los bienes comunes del Estado en provecho propio; en que se participa en coimas o decentes comisiones en las adquisiciones públicas porque se dice que uno no debe trabajar en vano y se aprovechan, me temo que hasta el Obispo como pantalla para sus combinaciones en que se reciban sueldos, más o menos pingües, sin responder a una labor eficiente, pues para qué esforzarse cuando hay tanto "vivo"; en que se malgasta en cosas vanas y superfluas, porque debe lucir bien el funcionario y falta lo más necesario, como medicinas, carpetas o ventanas. El evangelista anotaría simplemente "PORQUE ERA LADRON".

"Y obligaron a uno que pasaba, a Simón de Cirene, que volvía del campo, a que llevara la Cruz" (Mc. 15,21). A uno que venía del campo, esto es a un campesino, de cuya miseria vive toda la ciudad, que se le explota bajo todas las formas, que se le obliga a hacer trabajos gratuitamente porque es del campo y no de la ciudad: cuando la leva es cogido antes porque no tiene "vara" como los de la ciudad; cuando hay que hacer un trabajo que carece de remuneración, de barrer o techar un local público, se echa mano de él y no se le da un vaso de agua. Todavía Simón de Cirene, día tras día, vuelve del campo y se le obliga a llevar la Cruz.

"Qué podemos responder frente a este diario vivir de la pasión del Señor que se renueva ante nuestros ojos". No podemos repetir la actitud de los discípulos frente al anuncio de la pasión "pero ellos no entendían lo que les decía y tenían miedo de preguntarle" (Marcos 9,32), ni tampoco aceptar la disculpa de Pedro: "Ya sé yo, hermanos que obrasteis por ignorancia" (Hechos 3,17), porque tenemos conciencia de lo que actuamos.

¿Cuál fue la actitud de Cristo Jesús? Frente a las acusaciones "El nada respondió, hasta el punto que Pilatos se quedó muy extrañado (Mateo 27,14); a Herodes, que "le preguntó con mucha palabrería El no respondió nada" (Lucas 23,9); ante la negación del primero de los Doce "El Señor se volvió y miró a Pedro" (Lucas 22,61) y en la Cruz decía: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lucas 23,24). El perdona a todos y por eso "al ver el Centurión, que estaba frente a El, que había expirado de esa manera, dijo: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Marcos 15,39). Para no caer en la hipocresía de los habitantes de Jerusalén que hemos anotado, cada uno, en lugar de acercarse a adorar y besar la imagen de Cristo crucificado, resuelva dentro de sí mismo reparar estos días alguna injusticia cometida: devolver lo adquirido ilícitamente, pagar oportunamente los jornales, restituir lo robado, liberar al inocente, desagraviar a la esposa, no participar en coimas, cumplir con la obligación profesional, ense-

ñar a conciencia, no retrasar el examen, estudio o informe de expedientes, no engañar ni abusar de nadie. Eso es lo que pide el Señor Jesús en este Viernes Santo de 1970.

PROCESO DE JESUS

Al regresar cada año durante la Semana Santa a meditar la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, según la narran los evangelistas Mateo, Marcos, Lucas y Juan, nos encontramos que es una relación tan viva, tan humana que sólo puede haberle acontecido a quien ha sido "probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado" (Hebreos 4,15).

La doliente exclamación de Jesús al llegarse a El, el discípulo que lo traicionó: "Judas ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?" (Lucas 22,48) la podríamos repetir a diario, pues ahora se entrega al amigo por cualquier cosa, una cervecita, una cuyada, el anhelo de una recomendación, todo vale para faltar a la palabra empeñada y fácilmente se prevarica. La única aspiración es "quedar bien", que los demás no perciban la mala acción que se realiza; por eso Judas advirtió a los guardias: "Aquel a quien yo dé un beso, ése es y prendedle" (Mateo 26,48). El acto más amistoso e inofensivo se convierte en el máximo acto de traición. Resuena en nuestros oídos continuamente "Judas ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?".

Es una obligación de Jueces y Policías citar a las personas que deben declarar en un juicio; y el Código de Procedimientos indica que si el citado no comparece, puede ser conducido por la fuerza; pero de ahí a maltratar a los simples declarantes, a los que ni siquiera se les ha imputado un delito, sino una simple falta de comparecencia es indigno, y sabemos con qué facilidad se extravían las citaciones judiciales o las notificaciones no llegan a su destino. Tanto más que la Declaración Universal de los Derechos del Hombre de las Naciones Unidas (10 de diciembre de 1948), suscrita y ratificada por el Perú, expresa que "toda persona acusada en un acto delictuoso se presume inocente hasta que su culpabilidad haya sido legalmente establecida en el curso de un proceso público" (Artículo 11). A pesar de ello se abusa continuamente de campesinos, que son llamados a declarar y que por orden judicial se les encierra en los lóbregos calabozos, se les traslada a poblaciones distantes, cuando existe el trámite que se denomina "exhorto" para que el Juez del lugar reciba oficialmente las declaraciones en nombre del magistrado encargado del caso; y luego se les deja en libertad y que ellos busquen la manera de comer, alojarse y el transporte. En otras oportunidades se dilata la recepción de las declaraciones de manera que los gastos de viaje y alojamiento aumentan, y los pobres campesinos no pueden reclamar jugosos "viáticos" como los funcionarios públicos.

¡"Qué fácil es entregar a un hombre con un beso"!

"El Rey Herodes cuando vio a Jesús se alegró mucho, pues hacía largo tiempo que deseaba verle, por las cosas que oía de él, y esperaba presenciar alguna señal que él hiciera. Le preguntó con mucha palabrería, pero él no le respondió nada... Herodes, con su guardia, después de despreciarle y burlarse de él, le vistió un espléndido manto y lo remitió a Pilato" (Lucas 23, 9-11).

"...en el que todas las garantías necesarias a su defensa le hayan sido aseguradas".

Herodes es el típico bienpensante, que se acomoda a todas las circunstancias, pues es amigo de Roma, el poder central del momento, y al mismo tiempo, como sus sobrinos, hacía lo que "les gustaba a los Judíos (Hechos 12,3) y como ellos "conocía todas las costumbres y cuestiones de los judíos" (Hechos 26,3).

Anteriormente cuando tomó preso a Juan el Bautista, por causa de Herodías, pues éste le decía "no te está permitido tener la mujer de tu hermano", Herodías aborrecía al Bautista y quería quitarle la vida, pero no podía, pues Herodes temía a Juan, sabiendo que era hombre justo y santo, y le protegía; y al oírle, quedaba muy perplejo, y le escuchaba con gusto" (Lucas 6, 17-20).

Más tarde añade el mismo Herodes:
"¿Quién, es, pues, éste de quien oigo tales cosas? Y buscaba verle" (Lucas 9,9).

En cambio Jesús hizo esta advertencia:
"Abrid los ojos y guardaos de la levadura de Herodes" (Marcos 8,15).

"Se acercaron algunos fariseos, y le dijeron: "Sal y vete de aquí porque Herodes quiere matarte. Y El les dijo: "Id a decir a ese zorro: Yo expulso demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana, y el tercer día soy consumado. Pero conviene que hoy y mañana y pasado siga adelante, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén" (Lucas 13, 31-33).

Por todo esto podemos claramente deducir que Jesús y Herodes no se conocían personalmente, pero que ambos estaban al tanto de las actividades del uno y del otro.

Herodes fue motejado de "zorro", el animal astuto por antonomasia, y lo era pues se llevaba bien con el César de Roma y los judíos, por lo que el Señor también advirtió que era necesario guardarse de su levadura.

Por su parte Herodes "buscaba verle", de manera que se vio muy complacido cuando Pilato le envió a Jesús, tanto que "aquel día Herodes y Pilato se hicieron amigos, pues antes estaban enemistados" (Lucas 23,12).

Con su guardia se hizo muchas preguntas "pues esperaba presenciar alguna señal que El hiciera" (Lucas 23,8). Podemos adivinar el ansia de ver algo extraordinario, pues tantas veces los hombres buscan a las personas con ese deseo, o por lo menos de sacar algún provecho de la visita de un personaje importante, y el Evangelista subraya que "le preguntó con mucha palabrería". Pero el Señor lo decepcionó, porque "no le respondió nada" (9). Entonces el ansia de conocerlo, el deseo de admirarlo, se transforma en desprecio y burla, y para mayor afrenta "le vistió un manto espléndido" (11) para mofarse de las pretensiones de Jesús a la realeza, ya que ante la pregunta de Pilato: "¿Eres tú el Rey de los judíos?" El le respondió: "Sí, tú lo dices" (3).

Otro acto humano que se desarrolla diariamente en nuestro medio: se ansía ver a alguien, conocerle, pedirle favores, rodearle con alabanzas y halagos, pero cuando se percibe que no corresponderá a las expectativas deseadas, que no se sacará ningún provecho de él, y que, por añadidura, no responde a los propósitos que se albergan en los corazones, y que, aún más, sancionará la manera de ser y recortará las posibilidades de lucro, de prestigio, de vanidad, entonces se tratará de despreciarlo, de motejarlo, de criticarlo, y por fin "lo remitió a Pilato" (11), quien tiene que declarar que "no ha hallado en este hombre ninguno de los delitos que le acusáis. Ni tampoco Herodes, porque nos lo ha remitido" (14-15).

Al renovar cada año los pasos de la pa sión de Jesús, debemos todos los hombres considerar nuestros actos diarios. No es su ficiente asistir a las ceremonias litúrgicas con mayor o menor interés, o simplemente porque se trata de la "asistencia oficial". Para los cristianos la solemne conmemoración de estos días significa fundamentalmente una conversión a Cristo el Señor, dejando de lado todas las flaquezas y pecados y repetir en cada uno de nosotros el acto del Señor que "habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo" (Juan 13,1).

El año pasado suspendí la adoración de la Cruz en forma individual, para no realizar un acto puramente exterior, y dado que en el curso del año transcurrido, no ha cambiado fundamentalmente la situación anterior, el día de hoy tampoco se hará. Quienes deseen cum plir con este acto pueden hacerlo en la Capí lla del Sagrario en la que se expone a la ve neración de los fieles la imagen de Cristo yá cente acompañado de la Madre de Dolores.

(Homilía del Viernes Santo de 1971)

EL DERRUMBE DE LAS ILUSIONES, SIN EMBARGO...

En el relato evangélico de la Pasión del Señor Jesús está descrito claramente el estupor de los que "creían en El" al ver que era tomado preso en el huerto de Getsemaní: "entonces, los discípulos, abandonándolo, huyeron" (Mateo 26,56).

El desconcierto que sufrieron, admirablemente expresado por el penetrante pincel del evangelista Lucas en las doloridas frases de los discípulos de Emaús: "Lo de Jesús Nazareno, un hombre que fue profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante el pueblo; y cómo lo entregaron a la pena de muerte y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a ser quien libertara a Israel; pero con todo eso, ya es el tercer día que esto sucedió" (Lucas 24, 19-21).

Es el derrumbe total de todas las ilusiones puestas en el Señor. Humanamente nosotros comprendemos bien la actitud de los discípulos, pues frecuentemente sufrimos amargas desilusiones: Uno confió en el cambio de actitud de otro, y sin embargo continuó éste como antes; la madre o la esposa espera que el hijo descarriado o el marido

infiel vuelvan al hogar, y a pesar de los sufrimientos y de las lágrimas, el hijo se hunde más en los vicios y el esposo sigue satisfecho con otros cariños, olvidando a la que le prometió lealtad y compañía para siempre; el injuriado en cualquier forma que recurre a la justicia para que sea reparada la falta cometida, y contempla que pasan los meses y años y sólo tiene gastos y ofrecimiento de buenas palabras o, lo que es peor, resulta calumniado y responsable y ve que el agresor vive alegre y contento y, tal vez rodeado de honor y veneración por quienes debían hacer justicia; el que estimó que un trabajo honesto y con esfuerzo cotidiano podría sostener a su familia, y sólo encuentra incomprendimientos, porque no acepta entrar en coimas y sobornos; quienes pusieron su esperanza en promesas de cambio, de justicia, y de adelanto, y al fin tuvieron tristemente que repetir con Hamlet: "Palabras, palabras, palabras"; quienes confiaron en la buena fe y en la comprensión cristiana y sólo obtuvieron el rechazo y la mala inteligencia de los que se consideran justos y buenos puritanos; fueron engañados con declamaciones falaces de igualdad para todos, de austeridad y de servicio, y sólo hallaron combinaciones, arbitrariedades, incomprendimientos y largas colas por hacer, para obtener lo que corresponde legalmente a todo ciudadano; la lista podría alargarse pues cada uno de nosotros ha sufrido duras desilusiones que le han dejado el alma lacerada con cicatrices que ni el tiempo alcanza a borrar.

Yo personalmente en muchas oportunidades al considerar que no se encuentra ningún camino para reparar una injusticia porque todas las puertas se cierran, se dilatan indebidamente los trámites, todo cae en ofrecimientos vacíos de contenido, porque las incomprensiones de los buenos son más duras y estrechas, porque en fin nadie hace caso, pues no se tiene dinero que ofrecer, o puestos que ocupar, me contemplo inerte y sólo escucho en el fondo del alma el eco de las palabras de Cristo pronunciadas en el huerto de los Olivos:

"Siento tristezas de muerte"... y adelantándose un poco, se postró en tierra, y oraba: "¡Padre mío: si es posible, que pase de mí este cáliz! Sin embargo, no sea como yo quiero sino como lo quieres tú" (Mateo 26, 38-39).

Realmente la antigua descripción del profeta Isaías es la más adecuada frente a esa situación de impotencia y de debilidad: "Le vimos y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba, y nuestros dolores los que soportaba!" (53, 2-4s). Y la lamentación de Jeremías: "¡Oye cómo gimo: no hay quien me consuele! Todos mis enemigos se alegraron de mi mal" (1,21).

Otros en cambio se rebelan ante estas

situaciones, y con frecuencia, desatan violencias que tienen justificación real, aunque los excesos que producen son peores que los males que quieren sanar. Mas ante la impotencia de encontrar cauces para solucionar los obstáculos que detienen a la justicia, se actúa tal vez como "Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, hirió al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha" (Juan 18,10).

La soledad al verse abandonado, la impotencia, la humillación que se sufre, son tan atroces que "hacia la hora nona, exclamó Jesús con voz potente: "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?" (Mateo 27,46).

"Estaba la madre Dolorosa junto a la cruz de Jesús" (Juan 19,25); ella a quien el anciano Simeón había predicho: "Mira: éste está puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel, y para señal que será objeto de contradicción -y a ti una espada te atravesará el alma-; para que queden patentes los pensamientos de muchos corazones" (Lucas 2, 34-35), tenía fe pues dijo "hágase en mí según tu palabra" (Lucas 1, 38), y esperanza, ya que ella "retenía cuidadosamente todas estas cosas en su corazón" (Lucas 2,51), al saber "que era necesario que el Cristo padeciera esas cosas para entrar en su gloria" (Lucas 24,26).

Ella conservó la fe en su hijo y tuvo cumplimiento su esperanza, porque "¡Es

verdad! El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!" (Lucas 24,34).

La esperanza frente a las ilusiones que se derrumban, reaparece cuando se ven acciones que rectifican actitudes anteriores que eran incomprensibles: la rectificación y el arrepentimiento son humanos, como Pedro, que después de haber negado a Jesús, al recibir su mirada, "saliendo afuera lloró amargamente" (Lucas 22,62). Rectificaciones que dignifican a quienes las ejecutan, pues salir del error es un bien y de ninguna manera significa debilidades. En los demás renace la esperanza frente a ellas y se comprende la exclamación de los discípulos de Emaús: "¿verdad que dentro de nosotros ardía nuestro corazón cuando nos venía hablando por el camino y nos explicaba las escrituras?" (Lucas 24,32).

¡Que la desolación del Señor Jesús en el viernes de su dolorosa Pasión nos dé la fuerza necesaria para rectificar nuestros errores, corregir nuestras actitudes equivocadas, petulantes, egoístas, arbitrarias e injustas, y poder así participar jubilosamente en la Resurrección del Cristo de Dios!

(Marzo 31, Viernes Santo de 1972)

EL SILENCIO DE JESUS

En la lectura de los textos de la Pasión del Señor llama la atención que en tres oportunidades los Evangelistas recalcan el silencio de Jesús ante el Sumo Sacerdote Caifás, frente al procurador Poncio Pilatos y delante del rey Herodes y su corte.

Es un silencio que desconcierta a los interlocutores, aunque en diverso sentido. El Sumo Sacerdote, que había profetizado "que conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que perezca el pueblo" (Juan 11,50), sin darse cuenta de la terrible duda que planteaba ese silencio, quiso resolverla a su manera, conjurándolo a que afirmase si era el Mesías, el Hijo de Dios, para obtener la solemne respuesta: "Tú lo has dicho" "Y yo os digo que un día veréis al Hijo del Hombre sentado a la Diestra de Dios poderoso y venir sobre las nubes del cielo" (Mateo 26,64; Marcos 14,62). El silencio presagió una respuesta llena de Majestad infinita.

A Poncio Pilatos el silencio del acusado le causa desasosiego, maravilla (Marcos 15,5; Mateo 27,14; Juan 19, 8-12), admiración, inquietud; tal vez presintió que ese silencio provenía del Verbo que estaba en Dios... y

que se hizo carne" (Juan 1,1 y 14), pero prefirió alejarse (Cfr. Juan 18,38).

En cambio el único evangelista que no menciona esta actitud de Jesús ante Pilatos, Lucas, recuerda el otro silencio delante de la corte de Herodes. A éste le produce irritación y se burla de El, después de hacerle "bastantes preguntas" (23,9), no cayendo en la cuenta -a pesar de su entronque hebreo- que "muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo" (Hebreos 1, 1-2).

¿Cuál es el significado de quien siendo la "Palabra de Dios" se calla ante sus pretendidos jueces?

El ser humano generalmente teme el silencio, pues prefiere aturdirse en vanas palabras "de donde nacen envidias, contiendas, blasfemias, suspicacias, porfías de hombres de inteligencia corrompida y privados de la verdad" (I Timoteo 6,5). Por eso reverencia y hasta se llena de pavor y miedo frente al silencio de la naturaleza, sea éste el de la noche serena o del mar tranquilo, el del desierto inmenso o de la jalca andina que sólo es roto por el silbar del viento. El silencio perturba a los hombres de hoy, ávidos de noticias intrascendentes, porque de sean no encontrarse a sí mismos o pretenden escapar a los problemas hondos que les suscita el silencio. Este invita a la reflexión y

a la meditación, a que uno mire en su interior y haga salir de él todo lo que contiene, bueno o malo.

A nosotros nos inquieta y hasta atormenta, durante el silencio, y más aún cuando es el silencio de la palabra: "Un profundo silencio lo envolvía todo y en el preciso momento de la medianoche, tu palabra omnipotente de los cielos, de tu trono real, cual invencible guerrero, se lanzó en medio de la tierra" (Sabiduría 18, 14-15). Encontrarnos frente al silencio de la "palabra de Dios que es vida, eficaz y tajante, más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y el espíritu, hasta las coyunturas y las médulas, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (Hebreos 4,12s), angustia a la humanidad y prefiere escabullirse, tal como lo hicieron los acusadores de la mujer adúltera, que en el silencio siguiente a la pregunta de Cristo: "El que esté libre de pecado, arroje la primera piedra", "fueron saliéndose uno a uno, comenzando por los más ancianos y quedó él solo" (Juan 8,9).

Nuevamente queda él solo en la Cruz "abandonándole huyeron todos" (Marcos 14, 56), también frente al silencio en que estaba Jesús pendiente del madero nos invita a examinar nuestros actos, nuestros pensamientos, nuestras omisiones y posiblemente seremos tan cobardes como aquellos que siendo "suyos no lo recibieron" (Juan 1, 11). En cambio nos corresponde humilde

mente la actitud del publicano: "Oh Dios, sé propicio a mí, pecador" (Lucas 18,13) que es la única digna ante el silencio de Dios.

(Viernes Santo de 1973)

CONVERSION PERSONAL

En los últimos años ha habido profundas reformas en la estructura legal del país, que han modificado palpablemente su fisonomía en diversos aspectos: agrario, minero, industrial, pesquero, educacional. Desde años antes, y a consecuencia del Concilio Vaticano II la Iglesia en el Perú como en América Latina, impulsada por la Conferencia Episcopal de Medellín, entró también en un proceso de reformas litúrgica, canónica y pastoral.

Estas mutaciones en sistemas tradicionales de un práctico inmovilismo producen divergencias respecto a la aplicación de las reformas, recelos por posiciones de avanzada malentendida, molestias por frenos demasiado prudentes, incomprendiciones por actitudes o normas quizás no debidamente explicadas, las que han exacerbado enconos, rencores y a veces también odios.

Pienso que en todo este movimiento de reestructuración, tal vez por acceso rápido de cambios, se ha pecado en descuidar al ser humano; son necesarios e indispensables dichos cambios, siempre que se entienda que están al servicio del hombre, considerado

como persona y para los cristianos como hijo de Dios y hermano. Ha faltado un descenso a las bases que permita considerar a los hombres tales como son, en sus miserias y aspiraciones individuales, y no sólo como miembros de una sociedad rígidamente estructurada o piezas de un engranaje. Las disposiciones legales son indispensables siempre que tengan en cuenta a las necesidades humanas.

En este Año Santo dedicado por el Papa Pablo VI a la renovación y a la reconciliación habría que incidir sobre el tema de la conversión personal: es insuficiente el cambio formal o legal, evidentemente indispensable, sin estar estrechamente unido a la "metanoia" que exigían los profetas de la Antigua ley y reiterada por el Precursor en vísperas de la manifestación pública del Salvador.

Una conversión basada en las Bienaventuranzas que ponga a los hombres en los niveles de pobreza y humildad para hacer reconocer a cada cual sus deficiencias y sus cualidades en servicio del prójimo. Una conversión a Dios, meramente angelista y solitaria, no corresponde al principio evangélico de amar a Dios en el prójimo. Esa conversión expondría las fallas de nuestra vida, de nuestra actitud hacia los otros, del desprecio hacia los inferiores, de la envidia por no tener lo que otros poseen.

El estar disponible a lo que Dios quiere de nosotros, a ser pobre en sus manos, a

vivir en la inseguridad del hoy y del mañana, la gran miseria de la casi totalidad de los habitantes del continente, es la aspiración a la que debemos tender en el curso del Año Santo, pues es la única participación en el dolor del prójimo.

Mas tal conversión sólo será efectiva, si de acuerdo con la enseñanza evangélica la demostramos al amar al prójimo sin convencionalismos. Urge la reconciliación, no de un artificial abrazo de paz en la celebración ritual, sino de un íntimo deseo de amor en el sacramento de la unidad, que consiste en perdonar al que nos ha odiado, en amar al que odiamos aunque sus ideas o principios sean contrarios a los nuestros, en perdonar como perdonó el Padre al Hijo pródigo, como perdonó Jesús en la cruz a todos los que le ofendían sin restricción alguna y especialmente sin pretender basarnos en el cristianismo para insultar, injuriar y maltratar a los que no piensan como uno, ni exigir una justicia que no responda a la caridad de Cristo; y finalmente en saber soportarnos los unos a los otros según la franca admonición del apóstol Pablo.

Esa reconciliación no superficialmente irónica de saludos y sonrisas, sino de desgarramiento de vendajes íntimos hará brotar nuestra propia sangre, pero no la del enemigo ni la de incautos engañados por falaz propaganda: sólo al pie de la cruz en la comunión eucarística después de sufrimientos y dolores, tendremos valor para reconciliarnos

en nombre de Aquel que a todos redimió, li
beró y reconcilió con su sangre.

(Homilía en la Fiesta de Corpus Christi de
1974)

CARIDAD Y JUSTICIA

La conciliación de la justicia humana con la caridad cristiana aparece imposible. La primera -según la vieja definición romana- consiste en "dar a cada uno lo suyo", es una virtud fría que tiende a componer los roces y resquebrajamientos surgidos entre los hombres y se pretende que su aplicación sea rigurosa para reparar el daño causado: es incapaz de crear algo nuevo porque sólo se dirige a restablecer el orden.

Lleno del amor de Cristo, el apóstol Pablo hace el elogio de la caridad: "La caridad es paciente, es servicial, la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta" (1 Corintios 13, 4-7).

Lamentablemente se confundió caridad con "limosna", tal vez porque en varios textos bíblicos se lee "el amor cubre multitud de pecados" (Proverbios 10,12; I Pedro 4,7) o "la limosna es sólo una expresión de la caridad, que si no está lle

na de amor traspasa -como escribía León Bloy- la mano del que la recibe y se pierde en el suelo.

Los viejos profetas contraponen esas virtudes: "Porque yo quiero amor, no sacrificio", exclamaba Dios por boca de Oseas (6, 6) e Isaías preguntaba: "¿No será más bien este otro el ayuno que yo quiero? -oráculo del Señor Yavéh-: desatar los lazos de maldad, deshacer las coyundas del yugo? ¿No será partir al hambriento tu pan y a los pobres sin hogar recibir en tu casa y que cuando veas a un desnudo le cubras y de tu semejante no te apartes?" (58,6-7).

Para algunos estas admoniciones bíblicas serán el resabio de un anticuado paternalismo y no los cambios estructurales soñados, cuando en realidad son la crítica a la despersonalización y masificación del pueblo. Con términos modernos "deshacer las coyundas del yugo" es "quebrar los trámites burocráticos absurdos" que complican los asuntos en forma increíble, es "no multiplicar encuestas, censos y formularios que sólo sirven para entorpecer las labores, y porque atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas. Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres" (Mateo 23, 4-5), reprochaba ya Jesús a los burócratas de su tiempo.

En el Evangelio se reprocha la conducta

del hijo mayor, en la parábola del hijo pródigo, porque es un hombre estrecho que posee una visión "justa" de las cosas y no comprende la misericordia al desdeñar a "ese hijo tuyo" (Lucas 15,30). En cambio son alabados por sus expresiones de amor los despreciados, como la pecadora "que muestra mucho amor" (7,47) o el samaritano "que tuvo misericordia" (10,37) o el publicano Zaqueo "que también es hijo de Abraham" (19,9). Esto indujo a Dante Alighieri a calificar a San Lucas como "scriba mansuetudinis Christi": el escritor de la dulzura de Cristo.

Es aquí donde toda creencia cristiana se bambolea. Es frecuente escuchar "no puedo perdonar, porque el daño causado es muy grave y me ha herido hondamente", "¿cómo voy a amar, si he sido despojado de cuanto tenía? Es injusto y si llegase a perdonar, nunca lo olvidaría!". Semejantes frases salen de labios que, por otra parte se confiesan cristianos. La respuesta de Cristo, desde lo alto en la cruz, es diferente: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lucas 23,34); expresión reasumida por el mártir Esteban: "Señor, no les imputes este pecado" (Hechos 7,60).

Cristo murió en la cruz por amor a todos los hombres. "Cristo murió por los impíos -escribe Pablo a los Romanos (5,6-8s); en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir-; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros

todavía pecadores, murió por nosotros". ¡Qué diferente actitud a la de aquellos que pretenden cambiar el mundo y envían a la muerte a otros, mientras que ellos mismos permanecen bien protegidos y resguardados.

Jesús de Nazaret fue el primero en cumplir con el mandamiento nuevo que dio en la última Cena: "este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (Juan 15, 12-13).

Mandato que no es fácil de cumplir, sobre todo por los alcances que el mismo Maestro le dio: "pero yo os digo a los que me escucháis: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltratan... Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Pues también los pecadores aman a los que les aman" (Lucas 6, 27-32).

Esa orden es más realizable si cumplimos con la regla de oro que el mismo Cristo nos aconsejó: "Por tanto, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros" (Mateo 7,12). Para nuestra manera egoísta de ser, siempre pensamos escoger lo mejor para nosotros mismos, pues el Señor nos pide que esa preferencia la tengamos con el prójimo, sin distinción de sexo, edad, nacionalidad, religión.

Al entender que caridad y justicia

son servicio que hacemos a los seres humanos, no habrá dificultad en unirlos y será entonces fácil comprender la razón por "que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión" (Lucas 14,7). Es el misterio del amor de Dios que al justo le dice: "hijo, tú siempre has estado conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado" (Lucas 15,32).

Es sólo en esta línea que se comprende el motivo de "la venida del Hijo del hombre para buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lucas 19,10).

Jueves Santo de 1976.

MURIO POR LOS PECADOS DE LOS HOMBRES

En la vivencia religiosa de los judíos se dedicaba especial atención a la lectura y reflexión de los Salmos: era el libro meditado, por excelencia, y su contenido como sus versículos estaban continuamente presentes en la mente y en los labios de los israelitas. El relato de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo menciona varias veces frases del salterio, principalmente del Salmo 21 al narrar el reparto de las vestiduras o las palabras del Señor en la Cruz.

Seguía en importancia el libro de Isaías profeta, que es citado en diversas oportunidades por los evangelistas, aún en forma literal, como en la predicación de Juan Bautista (40, 3-4), en la respuesta de Jesús a los enviados del mismo precursor (35, 5-6) o al ser utilizado por Cristo en la Sinagoga de Nazaret y aplicarse a él mismo lo que el profeta decía: "El espíritu del Señor está sobre mí y me ha ungido para evangelizar a los pobres..." (61, 1-2a).

Es sobre todo notable el relato del siervo de Yavéh "molido por nuestros pecados" que ha sido calificado como el quinto

relato de la Pasión, a pesar de haber sido escrito varios siglos antes (53, 2-11; 50, 5-6; 52,14).

Al morir Cristo por los pecados de los hombres tenía presente en su conjunto todas sus manifestaciones en el mundo, tal como Isaías y otros profetas las describieron y anatematizaron, siempre dentro del cuadro anunciado por Ezequiel: "Por mi vida, oráculo del Señor Yavé, que yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado cambie de conducta y viva. Convertíos, convertíos de vuestra mala conducta" (33,11).

Las denuncias de los profetas son amargas y duras, debido a que correspondían a la realidad de ese tiempo, no muy diferente de nuestra época actual, por la persistente perversidad del corazón humano. A algunos parecerán exageradas, pero conociendo las bajezas del hombre, puede decirse que se limitan a describir lo que acontecía bajo sus ojos, irritados por la maldad de los habitantes de Israel.

Jeremías resalta acremente la corrupción moral: "Porque todos ellos son adúlteros, un hatajo de traidores que tienden su lengua como un arco. Es la mentira, que no la verdad, la que prevalece en esta tierra. Se engañan unos a otros, no dicen la verdad... Fraude por fraude, engaño por engaño" (9, 1-5). También manifiesta que "desde el más chiquito de ellos hasta el más grande, todos andan

buscando su provecho" (6,13). Recrimina la indignidad de los jefes: "cada uno sigue su propio camino, cada cual busca su provecho" (Is.56,11), lo que es contradicho por el apóstol Pablo al afirmar que "la caridad no busca su interés" (1 Cor.13,5).

A Isaías le indigna sobremanera la falta de justicia y en particular el soborno: "Cada cual ama el soborno y va tras los regalos. Al huérfano no hacen justicia y el pleito de la viuda no llega hasta ellos" (1,23); "los que absuelven al malo por soborno y quitan a los justos su derecho" (5,23). El pastor Amós amenaza: "Ay de los que cambian en ajeno el juicio y tiran por tierra la justicia... y aborrecen al que habla con sinceridad... Vosotros pisoteáis al débil... Opresores del justo, que aceptáis soborno y atropelláis a los pobres en los tribunales" (5, 7-12). Miqueas interroga a los jefes y notables: "¿No es cosa vuestra conocer el derecho, vosotros que detestáis el bien y amáis el mal?" (3, 1-2) y añade: vosotros "que abomináis el juicio y torcéis toda rectitud... Sus jefes juzgan por soborno, sus sacerdotes enseñan por salario, sus profetas vaticinan por dinero" (3, 9.11); "el jefe exige, y también el juez, recompensa; el grande dice lo que desea su alma" (7,3): "Los directores de este pueblo le han descarriado, y sus dirigidos han sido extraviados" (Is.9,15).

En cambio Dios busca la justicia: "quitad vuestras fechorías de delante de mi vista, desistid de hacer el mal, aprended a

hacer el bien; buscad lo justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda" (Isaías 1, 16-17). "Voy a volver a tus jueces como eran al principio... Tras de lo cual se te llamará Ciudad de Justicia" (1,26) ¡Ojalá este apelativo pueda aplicarse algún día a Caja marca! "El que anda en justicia y habla con rectitud; el que rehusa ganancias fraudulentas, el que sacude la palma de la mano para no aceptar soborno, el que tapa las orejas para no oír hablar de sangre, y cierra sus ojos para no ver el mal: ése morará en las alturas" (33, 15-16).

El profeta se indigna ante los jueces inicuos: "Ay de los que decretan decretos inicuos, y los escribientes que escriben vejaciones, excluyendo del juicio a los débiles, atropellando el derecho de los pobres de mi pueblo, haciendo de las viudas su botín, despojando a los huérfanos" (10, 1-2). "No hay quien clame con justicia ni quien juzgue con lealtad" (59,4). "Tuercen sus caminos para provecho propio, ninguno de los que por ellos pasan conoce la paz" (59,8)... "Esperamos el derecho y no hubo (59,11)... por que ha sido rechazado el juicio y la justicia queda lejos, porque la verdad en la plaza ha tropezado, y la rectitud no puede entrar" (59,14). Contrapone la justicia que traerá el Mesías: "Juzgará con justicia a los débiles, y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra" (11,4) "...y se sentará en el trono con lealtad... un juez que busque el derecho y sea presto a la justicia" (16,5).

Sus invectivas contra los pecados comunes son enérgicas; a los borrachos los dibuja crudamente: "Ay, los que despertando por la mañana, andan tras el licor; los que trasnochán, encandilados por el vino... Ay, los campeones en beber vino, los valientes para escanciar licor" (5,11.22).

No ahorra su crítica a los sacerdotes y profetas que no cumplen la ley divina: "También éstos por el vino desatinan y por el licor divagan: sacerdotes y profetas desatinan por el licor, se ahogan en vino, divagan por causa del licor, desatinan en sus visiones, titubean en sus decisiones. Porque todas las mesas están cubiertas de vómito asqueroso, llenándolo todo" (28, 7-8).

Con no menor enojo lapida Jeremías a los adúlteros: "...ellos se hicieron adúlteros, y el lupanar frecuentaron. Son caballos lustrosos y enteros: cada cual relincha por la mujer de su prójimo" (5,7-8).

Las mujeres que incitan a pecar son estigmatizadas acerbamente: "Dice Yavéh: Por cuanto son altivas, las hijas de Sión, y andan con el cuello estirado, y guiñando los ojos, y andan a pasitos menudos" (Is.3,16). "Escuchad esta palabra, vacas de Basán... que oprimís a los débiles, que aplastáis a los pobres, que decís a vuestros maridos: Traed vino y bebamos!" (Amós 4,1).

No son menores las acusaciones contra los usureros y acaparadores: "Ay, los que

juntáis casa con casa, y campo a campo anexionáis, hasta ocupar todo el sitio y que daros solos en medio del país!" (5,8).

"¡Ay de aquellos que meditan iniquidad, que traman el mal en sus lechos; y al despuntar la mañana lo ejecutan, porque está el poder en sus manos! Codician campos y los roban, casas, y las usurpan; hacen violencia al varón y a su casa, al hombre y a su heredad" (Miqueas 2,1-2).

"Ay de quien amontona lo que no es suyo (¿hasta cuándo?) y se carga de prendas empeñadas!... ¡Ay de quien gana ganancia inmoral para su casa, para poner su nido en alto, y escapar a la garra del mal!... ¡Ay del que da de beber a sus vecinos y les añade su veneno hasta embriagarlos para mirar sus desnudeces!" (Habacuc 2,6-15). Igualmente contra los defraudadores: "¡Escuchad esto los que pisoteáis al pobre, y queréis suprimir a los humildes de la tierra... achicando la medida y aumentando el peso, falsificando balanzas de fraude, comprando por dinero a los débiles, al pobre por un par de sandalias, para vender hasta las basuras del grano" (Amos 8,4-6). "¿He de soportar yo una medida falsa y una arroba corta, abominable? ¿Tendré por justas las balanzas de maldad y la bolsa de pesas de fraude?" (Miqueas 6,10-11). "Vosotros habéis incendiado la viña, lo robado al pobre tenéis en vuestras casas. Pero ¿qué os importa? ¿Machacáis a mi pueblo y moléis el rostro de los pobres, oráculo del Señor Yavéh Sebaot" (Isaías 3, 14-15).

"...buscabais vuestro negocio y explotabais a todos vuestros trabajadores. ¿Es que ayunáis para litigio y pleito y para dar de puñetazos al desvalido?" (58,3-4).

A estas abominaciones del hombre responde de el Señor Dios: "¿No será más bien este otro ayuno que yo quiero -oráculo del Señor Yavéh-: desatar los lazos de maldad, deshacer las coyundas del yugo? ¿No será partir al hambriento tu pan, y a los pobres sin hogar recibir en casa? ¿Que cuando veas un desnudo le cubras y de tu semejante no te apartes?" (58,6-7).

Al escuchar estas vibrantes denuncias parece, con frecuencia vivir en nuestro tiempo y en nuestra ciudad, porque las mismas faltas y pecados se renuevan incesantemente y constituyen tema para un detenido examen de conciencia, para conducir a un sincero arrepentimiento, a devolver lo robado y cambiar de vida. Al escuchar de los labios de Cristo Crucificado las palabras "Padre, perdónales", debemos abandonar las aberraciones en que estábamos sumergidos, teniendo presente la magnífica promesa: "Venid, pues, y disputemos -dice Yavéh-: Así fueren vuestros pecados como la grana, cual nieve blanquearán. Y así fueran rojos como el carmesí, cual la lana quedarán" (Isaías 1,18).

(Homilía del Viernes Santo de 1976)

LA PEQUEÑEZ HUMANA

El paso del tiempo hace que el vigor y empujes juveniles se atenúen y que proyectos de renovación pierdan consistencia hasta que uno siente que debe aplicarse la sentencia del Señor dirigida a Pedro y conservada por el Evangelista Juan: "En verdad, en verdad, te digo, cuando eras joven te ceñías a ti mismo e ibas donde tú querías; pero cuando seas viejo, darás tus manos y otro te ceñirá y conducirá donde tú no quieras" (21,18).

Muchas veces hemos leído o escuchado esas frases y las hemos aplicado a otros para que se resignen por los achaques de la vejez, pues como escribía el Virrey Toledo a Felipe II sobre el Arzobispo Fray Jerónimo de Loayza, "como todos los viejos sólo se preocupa de cuidar su salud", con evidente exageración de parte de don Francisco pero también con mucho de verdad.

La dificultad brota cuando uno se siente aludido directa y personalmente, cuando percibe que le llegó a él el momento de no disponer por sí mismo. La aplicación inmediata se presenta al ingresar a un hospital, en el que indudablemente se le trata bien, se le

considera como persona, más aún se le respeta como obispo, y se procura atenderlo lo mejor posible por tratarse de un forastero que tiene dificultad para entender y dejarse entender en un idioma ajeno.

Sin embargo la primera autoridad de una diócesis, aunque esté muy impregnada de sus funciones y atribuciones, de quien dependen las decisiones, que preside las grandes ceremonias litúrgicas, a quien se le pide consejo, que es conocida en el país y en el extranjero (entrevistas suyas han sido publicadas en periódicos de París, Bruselas, Londres y Hamburgo), cuando se somete a los exámenes clínicos por no sentirse bien de salud, pasa a depender de la estructura hospitalaria.

Con el cuidado y respeto que merece todo paciente deberá seguir el tratamiento que se le señale, esperar su turno para ser atendido, sujetarse a análisis de toda especie, pasar los rayos X y el electrocardiograma, tomar las pócimas, recibir el suero intravenoso o tomar líquidos con sonda, etc., etc., y estará en las manos del Sr. profesor cirujano, de los Srs. doctores auxiliares y anestesista, enfermeros, auxiliares, etc., que se apoderan del paciente y lo llevan donde ellos quieren o les han indicado.

En la etapa de convalecencia seguirá dominado por las prescripciones médicas que determinan el tiempo de descanso, los alimentos, lo que puede o no debe hacer, porque "la salud está ante todo".

Resuenan continuamente las palabras de Jesús dirigidas aun en la persona del apóstol Pedro, y si uno no estuvo acostumbrado a tener comprensión y paciencia, a considerar "que siervos inútiles somos" (Lucas 17,10), a haber aprendido a reírse de uno mismo, los días son insoportables, uno se fastidia y molesta a los que lo rodean.

Motivos de reflexión para demostrar la pequeñez del ser humano, para que desaparezca toda pretensión de autoritarismo, a no repetir rutinariamente: "hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo" (Mateo 6,10), sino a entregarse conscientemente como Nuestro Señor en el huerto de los olivos diciendo "no lo que yo quiero, sino como tú lo quieras" (26,39), pues "no todo el que dice: Señor, Señor entrará en el reino de los cielos sino el que hace la voluntad de mi Padre en el Cielo" (7,21).

Acostumbrados a estar disponibles a cuanto Dios quiere de nosotros, a ejemplo de la Virgen María, "que es bienaventurada, porque había creído" (Lucas 1,45), podemos soportar las dolencias y disminuciones producidas por la ancianidad dejándonos llevar dónde no queremos, y concluir diciendo: "en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lucas 23,46).

Castrop-Rauxel, 1ro. de diciembre de 1984

UNO MAS

En nuestras ocupaciones siempre tenemos que hacer con "uno más", sea pasajero en ómnibus o en micro, o en avión, recurrente ante la ventanilla de una oficina, cliente en una tienda, enfermo en un hospital, mendigo en la calle, anciano en el asilo, detenido en la comisaría, preso en la cárcel, obrero o empleado en el trabajo, alumno en un plantel escolar, soldado en el cuartel, feligrés en el templo, etc. Está perdido en el anonimato de la muchedumbre y difícilmente es considerado un ser humano, pues se trata de "uno más".

Es clara la sensación cuando en el micro se escucha la orden "pasen más adentro" para que "uno más" entre en el vehículo, o en las colas que se hacen por cualquier motivo. Más evidente aparece cuando uno requiere mayor atención como en el hospital. Piérdese la identidad personal y se cae en el anonimato: se es uno más sujeto totalmente a la disposición, comprensiva o malhumorada, del encargado, quien a su vez es "uno más" ante sus jefes, y éstos lo son frente a sus superiores jerárquicos.

Cadena sin fin, pero cada eslabón debe

fijarse en la responsabilidad precisa y con creta en el trato con "uno más" que se le presenta, recordando que "lo que hagas al menor de mis hermanos, a mí me lo hiciste" (Mateo 25,40), y quien lo dijo fue en la noche de su pasión "uno más" ante los soldados romanos que por orden del Pretor, debían azotarlo y por su propia cuenta escarnerlo (Juan 19,1-2).

¿Cómo habrían actuado esos soldados si hubieran sabido que era el Hijo de Dios? ¿Nosotros qué hubiéramos hecho? ¿Lo habiéramos tratado como a "uno más"? ¿En nuestro diario obrar atendemos al paciente o cliente, con cortesía y cuidado, como si fuera el único, y este único se repetirá a cada momento?

¿Actuamos como los soldados en el Calvario para quienes el crucificado había merecido ese castigo, como los sacerdotes, escribas y fariseos para los que era un culpable blasfemo, o como la multitud que lo consideraba un iluso engañador (Marcos 15, 20,29-31) al no asumir nuestras tareas con corrección y esmero, y tratamos a "uno más" de cualquier manera?

¿Sufrimos con María, la Madre Dolorosa, que tenía el alma atravesada por la espada (Lucas 2,35), según la profecía del anciano Simeón, pues era una "madre más" que doliente lloraba por el hijo, como a diario acontece?

Este Viernes Santo al pie de la Cruz, con la Madre y el discípulo amado (Juan 19, 25-27) consideremos de nuevo en nuestro cotidiano quehacer a cada "uno más" como al mismo Jesús el Cristo, y prometamos atenderlo y cuidarlo con la delicadeza que lo hacía su Madre y nuestra Madre. Y como cada uno de nosotros somos igualmente "uno más", sufrir con paciencia las incomprendiones, tener la humildad de soportar los descuidos, las despreocupaciones, los malentendidos, como "el varón de dolores" que cargó nuestras iniquidades (Isaías 53,3), y que aceptó ser "uno más" al encarnarse en el seno de María Virgen y morir en la cruz a causa de nuestros pecados, a pesar de ser el Hijo de Dios, como lo reconocieron el buen ladrón (Lucas 23,42s) y el centurión (Mateo 27,54).

(1986)

NO MATARAS

En 1982 se habla en el país de reimplantar la pena de muerte, para controlar los brotes terroristas. Monseñor Dammert publica en el diario "El Observador", el 12 de mayo de 1982, una reflexión basada en el Evangelio, en contra de la pena de muerte.

Palabras pronunciadas por Dios en el monte Sinaí para aprenderlas, guardarlas y ponerlas por obra. Jesús en otro monte añ dió: "Yo os digo: Todo el que trate con ira a su hermano será condenado".

La vehemencia por reimplantar la pena de muerte trasciende a volver a la venganza de la ley del talión "ojo por ojo, diente por diente", y no a "sed generosos como vuestro Padre Celestial es generoso".

Una tradición arequipeña, recogida por Ricardo Palma en "Haz bien sin mirar a quién", relata el caso sublime de una modesta mujer que acogió al asesino de su hijo y

le ayudó a huir diciéndole: "Tu muerte no me habría devuelto a mi hijo, que era mi único apoyo sobre la tierra. Entregándote a la justicia lo habría vengado; pero Dios condena la venganza. Yo te perdono, para que el Padre de las misericordias me perdone".

Expresión de un alma cristiana en la que vibraba el oráculo del Señor expuesto por el profeta Ezequiel: "¿Acaso quiero yo la muerte del malvado y no que se convierta de su conducta y que viva?"

A principios de este siglo un joven italiano asesinó a una muchacha de doce años por no acceder a sus deseos; condenado a prisión perpetua, fue, años después, indultado por su buena conducta e ingresó a un convento de franciscanos capuchinos. Al ser proclamada María Goretti, como mártir de la pureza, por el Papa Pío XII, un viejo hermano con barba blanca sollozaba en la plaza de San Pedro: se había convertido y vivía.

"Os han enseñado que se mandó: Amarás a tu prójimo... y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para ser hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos".

Es la enseñanza de Cristo.

REFLEXION EL VIERNES SANTO

El Viernes Santo está marcado por el signo del sufrimiento físico y del dolor espiritual: sufrimiento corporal de Jesús que fue abofeteado, escupido, maltratado, azotado y clavado en madero de la cruz; dolor espiritual de la soledad por la traición, huida y negación de los discípulos, incluso los más allegados a El, por el desprecio y escarnio de las autoridades, por la burla soez del populacho y el sarcasmo cruel de sus adversarios y hasta de los malhechores crucificados a su lado, por la contemplación del dolor silencioso de su Madre, la Virgen María, y hasta por el desamparo divino en los estertores de la agonía.

Frente a la victoria en la Cruz habíamos perdido la imagen horrenda de los sufrimientos impuestos a Jesús de Nazaret, el Rey de los Judíos por las autoridades romanas de ocupación. Ya Cicerón, orador y magistrado romano, denominaba a la pena de azotes "horrida flagellatio", horrible flagelación, y en los primeros siglos de la Iglesia no hubo reproducciones de Jesús colgado de la Cruz, porque todavía se crucificaba en el madero y para los cristianos era un espectáculo que llenaba de espanto. Mas la glorificación de la

cruz por la victoria del emperador Constantino "in hoc signo vincēs", en este signo venererás, nos hizo perder la imagen de esas escenas abominables que debió soportar el Inocente, el Justo, el Siervo de Jahvé por causa de nuestros pecados.

El sufrimiento físico que continuamente se renueva en la historia del mundo, se ha reproducido a lo vivo y en forma ignominiosa hace pocas semanas en los acontecimientos de "El Sexto" donde la maldad humana llegó a extremos inauditos y la violencia fue de todos: se repitieron los maltratos, las crueldades, los asesinatos, la indecisión de las autoridades; el caos y la violencia fueron producidos por la delincuencia, por la fotografía y la televisión, por la represión: nadie puede decir que no tuvo culpa en alguna u otra forma. Se volvió a percibir lo horrendo que fue el sufrimiento del Hijo de Dios en su afrentosa Pasión, tal como fue descrita por el profeta Isaías: "No tenía apariencia ni presencia; le vimos y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable y no le tuvimos en cuenta" (53, 2-3).

Al sufrimiento corporal el profeta añade: "por las fatigas de su alma, verá luz, se saciará". (53,11): el dolor espiritual también nos afligió a todos: la falta de la libertad es siempre una pena, y debido a ella la autoridad judicial condena al reo a estar entre los

muros de una cárcel; esa prisión se agrava por el hacinamiento, por los maltratos, por la mala comida, por la ociosidad, por los vicios, por las fallas procesales, que llegan a engendrar un estado de ánimo propicio a la violencia.

El dolor anímico de los rehenes que pasaron horas de dramática tensión, amenazados en su vida, torturados, impotentes frente a criminales avezados nos ha dejado traumatizados por mucho tiempo, y a ellos para toda la vida.

El dolor de los familiares de todos, tanto de los delincuentes, pues "¿Puede una madre olvidar al hijo de sus entrañas?", como de los rehenes: "Hijas de Jerusalén, no lloren por mí. Lloren más bien por ustedes mismas y por sus hijos", dijo el Señor (Lucas 23,28).

El dolor de los televidentes que, sobre cogidos de espanto, vieron esas terribles escenas, hipnotizados no tuvieron la capacidad de apagar los aparatos, lo que luego no les permitió conciliar el sueño, a semejanza de la mujer de Pilatos, que le mandó decir a su marido: "No te metas con ese hombre, porque es un santo, y anoche tuve un sueño horrible por causa de él" (Mateo 27,19).

El dolor de quienes tenían alguna responsabilidad en el desarrollo de los sucesos y se veían impotentes o vacilantes.

Frente a ese dolor cabe señalar la res

puesta de las masas, puramente emocional, que pedía la muerte para los criminales, reiterándose el fatídico "crucificalo, crucificalo" de las turbas jerosolimitanas; la actitud sensacionalista, desatinada e inmoral de las cámaras de televisión, y luego de los diarios y revistas, sin respeto a la dignidad de las personas, de los televidentes, de los lectores, y sobre todo de los niños: ¡Años de educación que cayeron por los suelos! y recuerda la respuesta irresponsable del populacho: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" (Mateo 27,25).

La falta de respeto a las leyes divinas y humanas en todo sentido ha sido desastrosa, y los acontecimientos del Calvario han cobrado nueva y triste vigencia: la pasión de Nuestro Señor Jesucristo no es un relato puramente religioso y que conmueve a las almas místicas, sino que es trágicamente auténtico y avergüenza a toda la humanidad.

Falta similar, pero que también lo deja a uno anonadado, es la chabacana costumbre de arrojar arroz a los novios, para contemplar más tarde a personas que humildemente barren el suelo y recogen algo que servirá para calmar su hambre; y más grave aún la vituperable e irresponsable actitud de derramar la leche para ejercer presión cuando hay tantos niños desnutridos. Estremece el eco de la maldición evangélica: "¡Pobres de ustedes, los que ahora están satisfechos, porque después tendrán hambre!" (Lucas 6,25).

Al expirar Jesús "toda la gente que se había reunido para este espectáculo, al ver lo sucedido, comenzó a irse golpeándose el pecho" (Lucas 23,48). Ese mismo sentimiento parece haber quedado después de los luctuosos sucesos del Sexto.

¡Viernes Santo de 1984, invítanos a reflexionar, a medir la hondura de nuestras culpas, a llorar amargamente nuestros pecados, a pedir perdón por nuestra irresponsabilidad frente a los dolores y hambre del prójimo, para reconciliarnos con Dios y con nuestros hermanos!

Cajamarca, 20 de abril de 1984.

ORACION

Llenos de esperanza en que la fraternidad humana y la justicia lleguen a ser una realidad, los hombres y mujeres de los Andes dirigen su grito de súplica a Dios.

Señor:

los hombres y mujeres de los Andes
claman hacia Ti
por la condición de extrema pobreza en que vivimos,
sujeto a los vaivenes de la naturaleza,
y más aún a la opresión de otros hombres.
Sufrimos durante siglos
con resignada paciencia y contemplando
la pasión dolorosa de tu Hijo,
imagen de nuestros padecimientos,
por la escasez de alimentos,
por la falta de trabajo para una gran mayoría de nuestros jóvenes,
que sólo les queda la miseria o la delincuencia,
porque no hay porvenir en pedazuelos de tierra,
agotada por milenios de labores,
porque el fruto de nuestros esfuerzos,
tanto en la agricultura como en la minería,
es aprovechado por otros,
que sólo nos dejan algunas migajas.
Nosotros, hombres y mujeres andinos,
trabajamos desde nuestra niñez,
pues la necesidad nos obliga
y no hay tiempo para los juegos
por la dureza de la vida.
Sabemos, sin embargo,
que eres Dios de misericordia y
que te apiadas de los menesterosos,
por lo que renovamos nuestros clamores
—muchas veces en silencio como María al pie de la cruz—
de lo hondo de nuestros corazones,
para adorar tu divina providencia
y reforzar nuestra esperanza de una fraternidad humana,
como tu Cristo nos enseña y nosotros practicamos
en generosa hospitalidad.

